

SAN AGUSTÍN DE HIPONA, OBISPO, SOBRE LOS ACTOS CON EMERITO, OBISPO DONATISTA DE CESAREA. LIBRO ÚNICO.

1. A los gloriosísimos emperadores, Honorio en su duodécimo consulado y Teodosio en su octavo, el día doce antes de las calendas de octubre, en Cesarea, en la iglesia Mayor, cuando el obispo metropolitano Deuterio de Cesarea, junto con Alipio de Tagaste, Agustín de Hipona, Posidio de Calama, Rústico de Cartena, Palladio de Tigaba, y otros obispos, entraron en la exedra, estando presentes presbíteros y diáconos, todo el clero y una multitud de fieles, también estaba presente Emerito, obispo de la parte de Donato. El obispo Agustín de la Iglesia católica dijo: Queridos hermanos, que desde el principio han sido católicos, y quienes han venido a la Iglesia católica desde el error de los donatistas, y han conocido la paz de esta santa Iglesia católica, y la han mantenido con un corazón sincero, y quienes aún dudan de la verdad de la unidad católica, escúchenos, preocupados por ustedes con amor puro. Cuando nuestro hermano Emerito, aún obispo de los donatistas, llegó a esta ciudad anteayer, nos informaron de su presencia de inmediato. Y como deseábamos su presencia con el amor que Dios ve, fuimos rápidamente a verlo: lo encontramos de pie en la plaza. Después de saludarnos mutuamente, le advertimos que era duro y vergonzoso que permaneciera en la plaza, y le invitamos a venir con nosotros a la iglesia. Él accedió sin ninguna objeción: pensamos que no rechazaría la comunión católica, ya que había venido espontáneamente y no dudó en venir a la iglesia. Sin embargo, permaneciendo él más tiempo en su perversidad herética, aunque dentro de la iglesia católica, me dirigí a su amor, como ustedes recordarán. Dije muchas cosas que escucharon, y que sin duda recuerdan tanto como pueden: muchas sobre la paz, muchas sobre el amor, muchas sobre la unidad de la santa Iglesia católica, que Dios prometió y cumplió. En mi discurso, les hablaba a ustedes y lo exhortaba a él; y tanto como mis entrañas de amor podían, sufría por todos aquellos en peligro de su alma en mi discurso, y deseaba dar a luz al Señor. Pues también el bendito apóstol Pablo dijo a algunos: "Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en ustedes" (Gálatas 4, 19). Pero incluso después de nuestro discurso, cuando él aún persistía en su obstinación, no pensamos que debíamos desesperar: ni pensamos que debamos desesperar de ningún hombre mientras viva en este cuerpo. Pues no dije anteayer que no había desesperado, para atreverme a desesperar hoy.

2. Pero la causa ha llegado a este punto, que ya que ha venido, y tanto como sabemos, ha venido voluntariamente, su llegada no debe ser infructuosa para esta Iglesia. O bien, lo que más deseamos y anhelamos, nos alegraremos con ustedes en la paz católica por su salvación: o si, lo que abominamos y detestamos, él persiste en su obstinación, deben conocer mejor por su presencia la diferencia entre la paz católica y la disensión herética. Es obispo de la parte de Donato, pero ordenado para los donatistas de esta ciudad. A quienes, en el nombre de Cristo, ya hemos recibido en gran parte en el seno católico, de modo que nos alegramos de que casi todos estén asociados a la comunión católica. Pero como algunos que ya han comunicado, no todos, pero algunos parecen dudar de la misma verdad católica, como dije antes; y algunos no dudan, pero aún con el corazón en la parte de Donato, nos muestran su presencia corporal, ya sean hombres o mujeres, con la carne dentro, pero el espíritu fuera: consideramos bueno interrogar a su obispo, para que si tiene algo que decir en favor de esa parte, después de la Colación hecha en Cartago, conocida por todos; si tiene algo que decir, que lo diga sin prejuicio de la parte de Donato, lo que sin embargo considere que puede ser útil para ustedes, en cuya ciudad se considera ordenado para su salvación en Cristo: y nosotros responderemos sin prejuicio de la Iglesia católica; ya que ahora nadie ha impuesto partes de defensa: lo que sin embargo, como pensamos y deseamos, puede ser útil para ustedes presentes contra el presente: para que si ha sido engañado, no engañe; si nosotros engañábamos, él presente,

quien tal vez fuera jactancioso fuera, seamos refutados, convencidos, enseñados. Dije esto para que no se niegue a hablar, porque puede decir: "Ninguna parte mía me ha impuesto ahora partes de defensa". Pues no es que después de esa Colación no hablara, o que después de esa Colación no viniera a esta ciudad, o que alguna vez se fuera de esta provincia, o que creamos que después de esa Colación no haya dicho una palabra a nadie en favor de la parte de Donato. Sé lo que se les decía: me dirijo a ustedes, que vinieron de esa parte; sé lo que se les decía, que compramos la sentencia del Juez. Sé que se les decía que él era de nuestra comunión, y por eso no permitió que dijeran todo lo que quisieran; y que los oprimió más con poder que con verdad; que no aceptó lo que decían. Todo esto se decía después de la Colación, ya sea por él o por personas de su comunión. ¿Qué importa quién los perturbe, a quienes queremos tranquilos en la paz católica? Si estuviera ausente, les diría de él: "Pero el que los perturba llevará su juicio, quienquiera que sea" (Gálatas 5, 10). Pues estas palabras que dije son de San Pablo contra los ausentes, por quienes los simples eran turbados. Pero ahora está presente: que se digne decirnos ahora por qué ha venido.

3. Hermano Emerito, estás presente: estuviste en las Colaciones; si fuiste vencido, ¿por qué viniste? Pero si no crees que fuiste vencido, habla de dónde te parece ser vencedor. Pues fuiste vencido si fuiste vencido por la verdad. Pero si pareces haber sido vencido por el poder, y venciste por la verdad; aquí no hay poder, por el cual pareces haber sido vencido: que tus conciudadanos escuchen de dónde te presumes vencedor. Pero si sabes que la verdad fue victoriosa contra ti, ¿por qué aún rechazas la unidad? El obispo Emerito de la parte de Donato dijo: Los actos indican si fui vencido o vencí: si fui vencido por la verdad o fui oprimido por el poder. El obispo Agustín de la Iglesia católica dijo: Entonces, ¿por qué viniste? El obispo Emerito de la parte de Donato dijo: Para decir esto que preguntas. El obispo Agustín de la Iglesia católica dijo: Pregunto por qué viniste; no preguntaría esto si no hubieras venido. El obispo Emerito de la parte de Donato dijo al notario que escribía: Hazlo.

4. Y mientras guardaba silencio, el obispo Agustín de la Iglesia católica dijo: Si guardaste silencio bajo la verdad, no viniste sin razón, sino porque querías engañarlos. Y mientras guardaba silencio por mucho tiempo, el obispo Agustín de la Iglesia católica dijo: Ven, hermanos, que guarda silencio por mucho tiempo; les aconsejo que deseen que recapacite, les ruego que no sigan a quien perece. Sin embargo, ya que mencionó los actos de nuestra Colación, donde dijo que podía aparecer si fue vencido por la verdad o oprimido por el poder: hay muchas cosas, donde los actos se acumularon con largas y superfluas dilaciones, sin hacer nada más con gran esfuerzo, que para que nada se hiciera: pero con el Señor presidiendo, y defendiendo su causa, se llegó a donde no querían. La causa fue expuesta y definida. Pero si quisiéramos leerles todos los actos: aunque en su presencia obligo a mi hermano y co-obispo Deuterio, para que como se hace en Cartago; en Tagaste, en Constantina, en Hipona, en todas las Iglesias diligentes, así también de ahora en adelante no se niegue a hacerlo; para que todos los años durante los días de ayuno, es decir, la Cuaresma antes de Pascua, cuando ustedes, ayunando más, tienen más tiempo para escuchar, esos mismos actos de la Colación se lean cada año, todos desde el principio hasta el final en orden: sin embargo, como comencé a decir, porque no podemos leerles todo ahora, tengan la bondad de escuchar primero antes de la Colación qué cartas enviamos al Juez, donde prometimos, o cómo querríamos ser recibidos si fuéramos vencidos, o cómo los recibiríamos si vencíamos, para que se viera que la victoria no estaba en la contienda, sino en la humildad.

5. El obispo Alipio de la Iglesia católica leyó la carta: Al honorable y querido hijo, hombre clarísimo y respetable, tribuno y notario Marcelino, Aurelio, Silvano, y todos los obispos católicos. Con el edicto de tu Excelencia, por el cual se ha provisto para la tranquilidad y quietud de nuestra Colación, y para la manifestación y defensa de la verdad, en todo

consentimos, como te has dignado advertirnos, te lo comunicamos por esta carta. También, confiando en la verdad, nos comprometemos con el vínculo de la condición, que si aquellos con quienes discutimos pueden demostrar que, cuando según las promesas de Dios el pueblo cristiano había crecido por todas partes llenando ya gran parte del mundo, y se extendía para llenar el resto, de repente la Iglesia de Cristo pereció por la contaminación de no sé qué pecados de aquellos a quienes acusan, y permaneció solo en la parte de Donato: si pueden demostrar esto, como se ha dicho, no buscaremos honores episcopales entre ellos, sino que seguiremos su consejo por la sola salvación eterna, a quienes deberemos la gracia de tan gran beneficio por la verdad conocida. Pero si nosotros más bien podemos mostrar que la Iglesia de Cristo, no solo de las provincias africanas, sino también de las transmarinas, y de muchas naciones, ya ocupando vastos espacios con la abundancia de pueblos, y como está escrito, fructificando y creciendo en todo el mundo, no pudo perecer por los pecados de ningún hombre mezclado con ella: si finalmente, la cuestión de aquellos a quienes entonces quisieron acusar más que convencer, aunque no en ellos consiste la causa de la Iglesia, y que Ceciliano fue juzgado inocente, y ellos violentos y calumniadores por aquel emperador, a cuyo juicio enviaron sus acusaciones voluntariamente: finalmente, si cualquier cosa que digan sobre los pecados de cualquier hombre, probamos ya sea por documentos humanos o divinos, o que su inocencia fue atacada con falsas acusaciones, o que la Iglesia de Cristo, a cuya comunión nos adherimos, no fue destruida por sus delitos; así mantengan con nosotros la unidad, para que no solo encuentren el camino de la salvación, sino que tampoco pierdan el honor del episcopado. Pues no detestamos en ellos los Sacramentos divinos de la verdad, sino los engaños del error humano: eliminados estos, abrazaremos el pecho fraterno unido a nosotros por la caridad cristiana, que ahora lamentamos separado por la disensión diabólica. Pues cada uno de nosotros podrá sentarse más eminentemente con su compañero de honor asociado, como un colega sentado junto a un obispo peregrino. Esto se concede con alternancia de basílicas en ambos lados, cada uno honrando al otro con mutua preferencia: porque donde la preceptiva de la caridad ha ensanchado los corazones, la posesión de la paz no se hace estrecha: para que cuando uno de ellos fallezca, de ahí en adelante ya haya uno por cada uno, sucediendo uno a uno en el modo anterior. Y no se hará nada nuevo: pues esto desde el mismo comienzo de la separación, en aquellos que, condenando el error nefario de la división, saborearon tarde la dulzura de la unidad, la caridad católica lo ha mantenido. O si tal vez los pueblos cristianos prefieren obispos individuales, y no pueden tolerar la asociación de dos en la inusual apariencia de las cosas, ambos salgamos del medio; y en las iglesias individuales, con la causa del cisma condenada, establecidas en unidad pacífica, sean constituidos obispos individuales en los lugares necesarios donde se encuentren individualmente en la unidad hecha.

6. Y mientras leía, el obispo Agustín dijo: Les diré a ustedes, y recordaré un asunto dulcísimo y suavísimo, que con la ayuda del Señor hemos experimentado. Antes de esa Colación, cuando algunos hermanos entre nosotros discutíamos sobre este asunto, porque por la paz de Cristo los obispos deben ser, o no deben ser; lo que deben admitir, mirando a todos nuestros hermanos y co-obispos, no nos ocurría fácilmente quién querría aceptar esto, y sacrificar al Señor con esta humildad. Decíamos, como suele hacerse, "Él puede, él no puede; él consiente esto, él no lo tolera"; hablando más por nuestras sospechas, que no podíamos ver sus corazones. Pero cuando llegó el momento de hacerlo públicamente, en un concilio tan numeroso de casi trescientos obispos, todos estuvieron de acuerdo, todos ardieron de tal manera, que estaban dispuestos a renunciar al episcopado por la unidad de Cristo, y no perderlo, sino encomendarlo más seguramente a Dios. Allí apenas se encontraron dos que no estaban de acuerdo: un anciano, que se atrevió a decirlo más libremente, y otro que lo indicó con su rostro silencioso. Pero después de que el anciano, que lo decía más libremente, fue

abrumado por la corrección fraterna de todos, cambiando su opinión, también cambió su rostro. Escuchen entonces cómo también se hizo la exhortación, por aquel que dijo: "El que se humilla será exaltado" (Lucas 18, 14).

7. Nuevamente leyó: "¿Por qué dudamos en ofrecer a nuestro Redentor el sacrificio de esta humildad? ¿Acaso Él descendió de los cielos a los miembros humanos, para que fuéramos sus miembros; y nosotros, para que sus mismos miembros no sean desgarrados por cruel división, tememos descender de las cátedras? Para nosotros nada es más suficiente que ser cristianos fieles y obedientes: esto siempre debemos ser. Pero los obispos somos ordenados para los pueblos cristianos: lo que a los pueblos cristianos les beneficia para la paz cristiana, eso hagamos con nuestro episcopado". El obispo Agustín dijo: Por nosotros debemos ser lo que ustedes. ¿Qué debes ser tú, a quien me dirijo? Cristiano, fiel, obediente: esto tú por ti, esto yo por mí. Entonces lo que tú por ti, y yo por mí, siempre debemos ser. Pero lo que soy por ti, lo seré si te beneficia: no lo seré si te perjudica. He aquí lo que se dijo: presten atención. Nuevamente leyó: "Si somos siervos útiles, ¿por qué envidiamos al Señor sus ganancias eternas por nuestras sublimidades temporales? La dignidad episcopal será más fructífera para nosotros, si al dejarla reúne más al rebaño de Cristo, que al retenerla lo dispersa". Y mientras leía, el obispo Agustín dijo: Hermanos míos, si pensamos en el Señor, este lugar más alto es la atalaya del viñador, no el pináculo del soberbio. Si al querer retener mi episcopado, disperso el rebaño de Cristo, ¿cómo es la pérdida del rebaño, el honor del pastor? Nuevamente leyó: "¿Con qué rostro en el futuro siglo esperaremos el honor prometido por Cristo, si nuestro honor impide la unidad cristiana en este siglo? Por esto hemos cuidado de escribir a tu Excelencia, y pedimos que se haga saber a todos por ti; para que con la ayuda del Señor nuestro Dios, quien nos amonesta a prometer esto, y en quien confiamos que podemos cumplirlo, incluso antes de la Colación, si es posible, la caridad piadosa sane o dome los corazones de los hombres, ya sean débiles o duros; y así ya con mentes pacíficas no resistamos a la verdad más manifiesta, y precedamos nuestra disputa con concordia, o la sigamos. Pues no debemos desesperar, si recuerdan ser pacíficos bienaventurados, porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mateo 5, 9), mucho más digna y fácilmente querrán que la parte de Donato se reconcilie con el mundo cristiano entero, que el mundo cristiano entero sea rebautizado por la parte de Donato: especialmente cuando de la sacrílega y condenada secta de Maximiano, quienes también con las órdenes de las potestades terrenales se esforzaron por corregir persiguiendo, buscaron con tanto cuidado, que no se atrevieron a rescindir el Bautismo dado por ellos, y recibieron a algunos de ellos condenados sin ninguna disminución de honor, y consideraron a otros en la sociedad de esa división impolutos. No envidiamos su concordia entre ellos: pero deben advertir cuán piadosamente la raíz católica busca el ramo roto de sí misma, si el mismo ramo trabajó tanto para recoger un pequeño fragmento cortado de sí mismo. Y con otra mano. Deseamos que, hijo, en el Señor estés bien.

8. Después de leer esto, el obispo Agustín dijo: Escuchen, quienes no saben; escuchen, se los ruego. Demos gracias a Dios, porque hablo en su presencia. Esta causa de los maximianistas, que quiero exponerles ahora, donde rompieron el barco de todas sus calumnias como malas mercancías: esta causa de los maximianistas, cuando tantas veces la objetamos en nuestra Colación, no pudieron decir nada contra ella; es decir, contra nuestra objeción tantas veces insertada, tantas veces repetida, tantas veces golpeada en sus frentes, no pudieron responder nada, porque no encontraron qué responder. Escuchen entonces diligentemente. Aquí está, me escucha: si miento, que me refute, que me obligue a probarlo. Los actos no están aquí, pero allí está la causa. Soportemos cualquier dilación, para llegar a los documentos necesarios, si pruebo lo que digo. Si sin embargo duda de ello, o, Dios no lo quiera, finge

dudar, que no comulgue, si no lo pruebo. Pero si ya sabe que digo la verdad, y sabe que no respondió porque no pudo encontrar qué responder; les ruego que juzguen ustedes mismos, qué es más tolerable, recibir en su honor a uno condenado por ellos, o reconocer a un hermano no alguna vez convencido por ellos. Presten atención, se los ruego, escuchen la narración.

9. Un tal Maximiano fue diácono de Cartago, en la facción de Donato; ya sea por el mérito de su soberbia, o, como ellos piensan, por el mérito de su justicia, ofendió a su obispo, es decir, a Primiano de Cartago; ya sea injustamente, si siendo soberbio ofendió a uno mejor; o justamente, si siendo honesto ofendió a uno más impío. Fue excomulgado por Primiano, se dirigió a los obispos vecinos, incitó la envidia contra Primiano, lo acusó ante ellos. Se llegó a Cartago: muchos obispos donatistas que vinieron quisieron que Primiano se presentara ante ellos; así como los mayores de estos quisieron que Ceciliano se presentara ante ellos. Conociendo la facción, Primiano no quiso presentarse ante ellos; así como Ceciliano no quiso presentarse ante aquellos. Primiano fue condenado en ausencia por estos; así como Ceciliano fue condenado en ausencia por aquellos. Dios quiso poner ante nuestros ojos una imagen reciente de los hechos, ya que el olvido ya borraba lo demasiado antiguo. Fue condenado en ausencia. Primiano fue restituido a la comunión por otros obispos de la facción de Donato; más bien, porque no lo depusieron, fue reafirmado en su sede. Los maximianistas fueron condenados; así como Donato mereció ser condenado por obispos extranjeros y de ultramar tras la absolución de Ceciliano. Maximiano fue condenado junto con sus doce ordenadores. La facción en sí contenía a muchos, quizás eran cien obispos. Pero para que no se hiciera una mayor escisión, quisieron imponer disciplina a muchos, deponiendo a unos pocos. Condenaron solo a los que asistieron a la ordenación de Maximiano, cuando fue ilícitamente elevado a obispo contra su obispo. Los demás que estaban en la misma facción, si querían regresar a la Iglesia, se les permitía mantener sus honores. Con sus palabras mostraban que estaban fuera de la Iglesia: pues a quien exhortas a entrar, está fuera. Por tanto, establecieron un día, dentro del cual si regresaban, no les perjudicaría lo que se decía contra Primiano, lo firmaron con el decreto de Bagaia. Maximiano fue condenado junto con doce. Se comenzó a actuar para expulsar a los condenados de las basílicas. Se interpela a los jueces, se interpela a los procónsules, se alega el concilio episcopal de Bagaia en juicio: se les llama herejes, se demuestra que están condenados, se obtienen órdenes, se reúnen ayudas, se procede a expulsar de las basílicas a los hombres condenados y obstinados en su terquedad. Con ellos condenados, los pueblos que los favorecían resistieron: donde no pudieron, fueron vencidos; en lugar de los que fueron vencidos y expulsados, se ordenaron otros. De los cuales conocemos a dos, para no hablar de los demás, uno Feliciano, otro Pretextato de Assuras. A quienes, después de dos o tres años, a través de Optato Gildoniano, tras muchas persecuciones judiciales y toda la acritud de las potestades, los recibieron en sus honores. Después de su condena, después de su expulsión, después de las persecuciones, los recibieron en sus honores, los unieron como socios y colegas. Pues en lugar de uno de ellos, Pretextato de Assuras, ya ordenaron a otro llamado Rogato, que ahora es católico, a quien el ejército de estos, es decir, la tropa de los Circunceliones, le cortó la lengua y la mano. Sin embargo, aquellos que durante el tiempo en que ellos estaban condenados fuera, casi durante tres años, fueron bautizados por los condenados, fueron bautizados fuera de la Iglesia de estos, así fueron recibidos. Nadie dijo, No tienes Bautismo, porque fuiste bautizado fuera. Y se rebautiza al que viene de Éfeso, de Esmirna, de Tesalónica, de las demás Iglesias que los Apóstoles plantaron con su labor, y a las que leemos que se enviaron las Epístolas de los Apóstoles, que escuchamos recitar en la iglesia.

10. Se mantiene la sentencia: y según hemos oído, por nuestro mismo hermano, a quien Dios haga nuestro hermano pacífico, por este Emerito fue dictada la sentencia donde ellos fueron condenados. Léase la misma sentencia donde ellos fueron condenados, y léase la sentencia donde los mayores de estos condenaron a Ceciliano; y veamos quiénes resultaron más culpables, quiénes fueron castigados con una sentencia más grave, quiénes fueron condenados con mayor estruendo. Allí dijo: Aunque el vientre venenoso del útero viperino haya ocultado durante mucho tiempo los nocivos partos, y los húmedos coágulos del crimen concebido se hayan calentado lentamente en los miembros de las áspides; sin embargo, el veneno concebido no pudo ocultarse con la sombra que se desvanecía. Pues aunque tarde, el crimen público, y su parricidio, los votos fecundos de crímenes lo han producido. Lo que antes se predijo: «Concibió injusticia, concibió dolor, y dio a luz iniquidad» (Salmo VII, 15). Pero ya que el cielo despejado brilla tras la nube, y no está confundida la selva de crímenes cuando los nombres han sido designados para el castigo: pues antes fue indulgencia, mientras dejamos la línea de la clemencia, la causa encontró a quienes castigar. Y entre otras cosas: Hablemos, queridos hermanos, de las causas del cisma, porque ya no podemos callar las personas. Maximiano, émulo de la fe, adúltero de la verdad, enemigo de la madre Iglesia, ministro de Datán, Coré y Abirón. Estas son las palabras de la facción de Donato contra los maximianistas, pronunciadas, según hemos oído, por este dictante. Pero sabéis quiénes son Datán, Coré y Abirón. Ellos fueron los primeros en hacer cisma, para quienes no fue suficiente el castigo habitual, la tierra abierta los devoró vivos (Núm. XVI, 32). Ministro de Datán, Coré y Abirón, sus palabras son el rayo de la sentencia que expulsó del seno de la paz. Escuchad aún. Y que aún no lo haya absorbido la tierra que se abre, dice, lo ha reservado para un juicio mayor en el cielo. Pues arrebatado, habría ganado la pena de su funeral con un atajo, ahora recoge los intereses de un préstamo más grave, estando muerto asiste a los vivos. Son sus palabras condenando a Maximiano, o más bien, como él dice, fulminando con boca veraz. Y sin embargo, se han reunido las áspides, las víboras, los parricidas; y no se sopla el Bautismo que dio la áspide, la víbora, el parricida. Habéis oído cuán grande fuego de elocuencia ha ardido, cuando encontró heno que podía incendiar. Hermano Emerito, abrazaste a tu hermano Feliciano, condenado por el rayo de tu boca: reconoce a tu hermano Deuterio, también emparentado contigo por linaje.

11. Cuantas veces, hermanos míos, les hemos objetado esta causa de los maximianistas, que como pude os expuse, cuando discutíamos con ellos en la Colación, más callaron sobre eso, que ahora en todo callan. No se oculten con evasivas, no con defensa, sino con huida. Pues dicen que les dieron una prórroga, y dentro de la prórroga recibieron a los suyos. Esto es falso. Doce fueron condenados con Maximiano; pero los demás no estaban presentes en su ordenación, cuando se le impuso la mano: a ellos les dieron prórroga. Pues estas son sus palabras. Y no solo a este, dice, lo condena la justa muerte de su crimen; también arrastra a muchos al consorcio del crimen con la cadena del sacrilegio, de los cuales está escrito, «Veneno de áspides bajo sus labios, cuya boca está llena de maldición y amargura; veloces sus pies para derramar sangre. Destrucción e infelicidad en sus caminos, y no conocieron el camino de la paz: no hay temor de Dios ante sus ojos» (Salmo VIII, 3). No quisiéramos cortar la unión como de nuestro propio cuerpo: pero ya que la putrefacción pestilente de la herida que se corrompe tiene más consuelo en la amputación que en la remisión del medicamento; se encontró una causa más saludable, para que el virus pestilente no se infiltrara por todos los miembros, que con un dolor breve cayera la herida nacida. Por tanto, a los reos del crimen infame: he aquí nombra a doce, entre los cuales están Feliciano y Pretextato, pero no recuerdo los nombres de todos; e infiere así: que con la obra funesta de la perdición unieron el vaso inmundo con la suciedad recogida; pero también a los clérigos alguna vez de la Iglesia de Cartago, que al participar en el crimen, ofrecieron lenocinio al incesto ilícito; por el

juicio del Dios que preside, reconozcan que han sido condenados por la boca veraz del concilio universal. A aquellos a quienes los brotes sacrílegos no contaminaron las plantaciones, es decir, a quienes con el pudor de la fe retiraron sus manos del jefe de Maximiano, les permitimos regresar a la madre Iglesia. Querían pulir su rostro, porque perdonaban a los sacrílegos, y abiertamente concedían el camino de regreso a los cismáticos. ¿Qué es esto? Ruego, ahora se digne explicarme, cómo los brotes sacrílegos no contaminaron las plantaciones. ¿Por qué les das prórroga, si no pudieron tener parte alguna en el cisma de Maximiano? Si, sin embargo, son socios de la facción, aunque no estuvieran presentes en la ordenación; ¿cómo no los contamina Maximiano, y a todo el orbe de la tierra una vez condenado en ausencia, absuelto en presencia por tercera vez contamina Ceciliano? No contamina un africano a los africanos, vivo a vivos, conocido a conocidos, partícipe a socios; y Ceciliano contamina a los de ultramar, contamina a los lejanos, contamina a los no condenados? ¿Se sentó contigo el condenado por ti, y no te contamina Feliciano? Yo no lo vi, tú conoces a este: yo creo que aquel es inocente, tú condenaste a este como culpable. O si admites que fuiste receptor de un inocente, admites que fuiste condenador de un inocente.

12. Y sin embargo, hermanos míos, no envidiamos su concordia: entre ellos terminaron los odios diabólicos suscitados; como piensan, regresaron a la paz. Pero digo esto: si una rama rota buscó el brote roto de sí misma; ¿con qué diligencia debe el mismo árbol buscar la rama rota de sí mismo? Por eso sudamos, por eso trabajamos, por eso nos pusimos en peligro entre sus armas y las furias sangrientas de los Circunceliones, y aún toleramos con la paciencia que Dios nos ha dado los restos de ellos, mientras el árbol busca la rama, mientras el rebaño del redil de Cristo busca la oveja perdida. Si estamos dotados de entrañas pastorales, debemos apretarnos entre setos y espinas. Con los miembros lacerados busquemos la oveja, y con alegría la llevemos al pastor y príncipe de todos (Luc. XV, 4-6). Hemos dicho mucho incluso fatigados, y sin embargo nuestro hermano, por quien decimos estas cosas a vosotros, y a quien igualmente decimos, y por quien tanto hacemos, aún persiste obstinado. Se cree constante, pero es una fortaleza cruel. No se gloríe aún de una fortaleza vana y falsa. Escuche al Apóstol diciendo, La virtud se perfecciona en la debilidad (I Cor. XII, 9). Oremos por él. ¿Cómo sabemos qué quiere Dios? Muchos pensamientos, como está escrito, en el corazón del hombre; pero el consejo del Señor permanece para siempre (Prov. XIX, 21).